

Rosas en diciembre

Los entrenadores usan más veces el corazón que la cabeza para tomar decisiones difíciles. Desafortunadamente, éste no fue el caso cuando me di cuenta de que teníamos programado un partido de béisbol de la conferencia justo para el momento en que nuestros seniors estarían en Washington D.C. en el viaje de campo anual de los estudiantes de último año. Éramos un equipo en el cual la mayoría de los jugadores eran seniors y por primera vez en muchos años, estábamos en carrera por el primer puesto de la conferencia. Sabía que no podíamos ganar sin nuestros seniors, así que llamé al entrenador del otro equipo y le pedí que reprogramásemos el partido para cuando todo el mundo estuviera disponible para jugar.

"De ninguna manera", respondió. Los seniors se sintieron destrozados y ofrecieron pasar por alto el tan esperado viaje tradicional. Les aseguré que necesitaban ir al viaje como parte de su experiencia educativa, a pesar de que yo en verdad quería aceptar su oferta, ganar e ir al campeonato de la conferencia. Pero no lo hice y, en ese desdichado martes, desee que estuvieran allí para jugar.

Contaba con nueve jugadores de segunda línea ansiosos y emocionados que finalmente tenían su oportunidad para jugar. El jugador más prometido era un joven discapacitado mental que llamaremos Billy. Billy era, creo, promedio, pero debido a que amaba tanto los deportes, un comprensivo director le dio el permiso para estar en el equipo de fútbol y en el de béisbol a la vez. Billy vivía y respiraba deportes y ahora, finalmente, tendría su oportu-

nidad de jugar. Creo que su felicidad contagiaba a los otros ocho jugadores suplentes. Era menudo, pero tenía un gran corazón y se había ganado el respeto de sus compañeros de equipo gracias a su esfuerzo y entusiasmo. Era zurdo para batear y tenía buena técnica para el béisbol. Su pasatiempo favorito, cuando no estaba practicando deportes, era sentarse a hablar de deportes con los hombres de una tienda rural local. Hoy comienzo a creer que incluso una derrota hubiera valido la oportunidad para que Billy jugara.

Nuestros oponentes arrancaron llevándonos cuatro carreras de ventaja al principio del partido, tal como esperábamos. De alguna manera llegamos a estar una carrera detrás de ellos y ésa era la situación cuando fuimos a batear al final de la novena. Yo estaba contento con el esfuerzo de nuestro equipo y con la constante sonrisa en el rostro de Billy. "Si sólo pudiéramos ganar...", pensé, pero es pedir demasiado. Si perdemos por una carrera, puede considerarse una victoria en sí misma". Estaba programada para batear la parte más débil de nuestra formación y el entrenador oponente hizo entrar a su mejor lanzador para sellar la victoria.

Para nuestra sorpresa, con dos fuera, un bateador caminó y la carrera de empate estaba en la primera base. Nuestro siguiente bateador era Billy. La multitud vitoreó como si fuera la entrada final del campeonato de conferencia y Billy agitó los brazos con júbilo. Yo sabía que él sería incapaz de batear a este lanzador, pero ¡qué día había sido para todos nosotros! Strike uno. Strike dos. Una bola rápida. Billy bateó al medio, justo sobre la cabeza del fielder derecho para un triple y anotó el punto. Billy estaba fuera de sí y la multitud se volvió loca.

Sin embargo, Ben, nuestro siguiente bateador, no le había pegado a la bola ni siquiera una vez en la práctica de bateo o en los juegos entre el equipo. Sabía que no existía absolutamente ninguna oportunidad de que se

cumpliera el sueño imposible. Además, nuestros oponentes tenían lo mejor de su formación si entrábamos en tiempo extra. Era una situación descabellada que necesitaba una estrategia temeraria.

Pedí tiempo fuera y todo el mundo pareció confiado cuando caminé hasta la tercera base y susurré algo a Billy. Como esperaba, Ben se balanceó en los primeros dos lanzamientos, sin acercarse a ninguno. Cuando el receptor lanzó la bola al lanzador, Billy rompió desde tercera base corriendo tan rápido como podía. El lanzador no lo vio y cuando lo hizo giró con violencia y arrojó la bola a la base. Billy se sumergió de cabeza, le ganó al lanzamiento y anotó la carrera de la victoria. No eran las Series Mundiales, pero no se lo digan a nadie que estuviera presente ese día. Las lágrimas caían al mismo tiempo que Billy; el héroe, era llevado en andas por los ocho miembros del equipo.

Si hoy en día atraviesan el pueblo, cuarenta y dos años más tarde, probablemente vean a Billy en la misma tienda rural, relatando a un grupo de admiradores el día en que él ganó el juego que nadie esperaba ganar. De todas las situaciones espectaculares en mi carrera dentro de los deportes, este recuerdo es el más destacado. Ejemplifica lo que los deportes pueden hacer por las personas, y el gran día de Billy lo demostró a todo aquel que haya visto el juego.

J. M. Barrie, el dramaturgo, lo dijo mejor cuando escribió: "Dios nos da nuestros recuerdos para que podamos tener rosas en diciembre". Billy nos dio un jardín de rosas a todos nosotros.